

La política desde abajo.

TIC, movimientos sociales y las nuevas formas de participación ciudadana.

1. Los partidos como instrumentos del sistema.

Un militante de Podemos consulta la plataforma de participación del partido. No hay foro, ni debate, solo una votación con dos opciones ya decididas por la dirección. Elige "sí" y cierra la sesión. Su participación se ha reducido a un clic.

No es una excepción, es la norma. Los partidos políticos con representación en el Congreso recibieron en 2025 casi 53 millones de euros en subvenciones públicas para gastos de funcionamiento. El PP percibió 18,8 millones, el PSOE 14,8, Vox 6,1 y Sumar 6. A ello hay que sumar los ingresos privados: el PSOE declaró 26 millones en 2025, muy por encima de los 9 millones del PP. Estas cifras revelan la naturaleza de los partidos como organizaciones que dependen del Estado y, por tanto, tienen un interés estructural en su perpetuación.

Peter Mair describió este fenómeno como el de los "partidos cartel", formaciones integradas en el Estado que compiten por gestionar lo existente, no por transformarlo. Los partidos no representan a la sociedad, se representan a sí mismos. Y, en consonancia, generan lógicas internas propias. Sus dirigentes compiten por el control de la organización, sus aparatos se reproducen y sus militantes buscan reconocimiento.

La digitalización no ha alterado esa lógica, sino que la ha adaptado. Las plataformas de participación se convirtieron en mecanismos plebiscitarios para refrendar a la dirección, no en espacios de deliberación real. El partido que nació para democratizar la política reprodujo las mismas jerarquías que decía combatir.

2. Lo que las TIC permiten a quienes no son partidos.

Frente a los partidos, han surgido iniciativas que utilizan las TIC para construir propuestas políticas desde abajo. No son partidos en el sentido tradicional, ni simples movimientos sociales. Son espacios híbridos a modo de foros de debate, plataformas ciudadanas, asambleas abiertas o procesos de deliberación colectiva.

La clave está en que las TIC han reducido los costes de organización. Antes, para movilizar a miles de personas había que tener una estructura física basada en sedes, teléfonos y militantes. Hoy basta con una plataforma digital y una red de contactos. Eso no garantiza el éxito, pero elimina la barrera de entrada que durante décadas reservó la política a quienes tenían dinero y estructura.

La innovación no solo es técnica, también es organizativa. Las TIC permiten coordinar acciones sin jerarquías, compartir información sin intermediarios y deliberar sin necesidad de reunirse físicamente, lo que abre la puerta a formas de hacer política que no encajan en el molde del partido tradicional: redes distribuidas, asambleas abiertas o procesos de deliberación colectiva.

La pregunta es si esas formas podrán sostenerse en el tiempo o si acabarán siendo absorbidas por la lógica del sistema.

3. Ejemplos en España.

La Iniciativa Legislativa Popular (ILP) para la dación en pago. La PAH impulsó en 2013 una ILP con 1,4 millones de firmas para regular la dación en pago retroactiva. Fue debatida en el Congreso y rechazada, pero demostró que una plataforma ciudadana podía movilizar a más personas que muchos partidos. La ILP es un instrumento previsto en la Constitución, pero hasta entonces apenas se había utilizado con esa ambición. La PAH demostró que podía ser un mecanismo real de participación, aunque el sistema lo bloqueara después.

Las mareas ciudadanas. La Marea Blanca por la sanidad pública, la Marea Verde por la educación y la Marea Roja de desempleados coordinaron movilizaciones en todo el país a través de internet. No eran partidos, pero influyeron en las políticas autonómicas. La Marea Blanca consiguió frenar la privatización de hospitales en Madrid. La Marea Verde paralizó recortes educativos en varias comunidades. Eran redes horizontales, sin líderes formales, que se coordinaban a través de plataformas digitales y asambleas abiertas.

Decide Madrid. La plataforma de participación ciudadana del Ayuntamiento de Madrid, impulsada por Ahora Madrid en 2015, superó los 500.000 usuarios registrados, con 5.000 debates, 30.000 propuestas y 230.000 comentarios. Su impacto real en las políticas municipales fue limitado, pero demostró que existía demanda de participación. Los ciudadanos querían opinar, proponer y decidir. La plataforma les dio un cauce, aunque el sistema no siempre lo escuchara, sometido a la autoridad del gobierno de la comunidad.

La Iniciativa Legislativa Popular de regularización de migrantes. En 2025, una ILP impulsada por colectivos migrantes y organizaciones sociales recogió más de 700.000 firmas para regularizar a 500.000 personas. Fue admitida a trámite y debatida en el Congreso. La campaña se organizó a través de redes sociales con puntos de recogida de firmas en todo el país y una plataforma digital que permitía firmar online. No era un partido, era una red de colectivos que utilizó las TIC para coordinar una acción política de alcance nacional.

Las asambleas ciudadanas por el clima. Inspiradas en la Convención Ciudadana de Francia, se han celebrado en España con el objetivo de elaborar propuestas sobre transición ecológica. Están formadas por ciudadanos elegidos por sorteo, no por partidos. Las asambleas deliberan durante semanas, escuchan a expertos, debaten entre ellos y elaboran recomendaciones. No tienen poder vinculante, pero introducen una lógica distinta basada en la deliberación ciudadana como complemento a la representación partidaria.

4. Ejemplos internacionales.

El presupuesto participativo de Porto Alegre. Iniciado en 1989, permitía a los ciudadanos decidir cómo invertir una parte del presupuesto municipal. El gasto en salud y educación llegó al 40% del presupuesto total y la mortalidad infantil cayó de forma significativa. El experimento se extendió a más de 1.500 ciudades del mundo. Demostró que la participación directa no era una utopía, sino una práctica posible.

La Convención Ciudadana por el Clima en Francia. Convocada en 2019, reunió a 150 ciudadanos sorteados para elaborar propuestas climáticas. De las 149 medidas aprobadas, solo 24 se aplicaron plenamente seis años después. La experiencia reveló tanto el potencial de la deliberación ciudadana como su fragilidad, porque, sin voluntad política, las propuestas más ambiciosas quedan en papel mojado.

Las asambleas ciudadanas de Irlanda. Las Citizens' Assemblies reunieron a ciudadanos sorteados para debatir sobre el aborto y el matrimonio igualitario. Sus propuestas fueron sometidas a referéndum y aprobadas (el matrimonio igualitario en 2015 y el aborto en 2018). El método funcionó porque combinaba deliberación informada con decisión popular. No sustituyó a los partidos, pero los obligó a moverse.

La plataforma Decidim. Desarrollada en Barcelona, es un software libre de participación ciudadana que se ha adoptado en más de 30 países, con más de 3 millones de participantes en todo el mundo. Decidim no es un partido ni un movimiento, es una infraestructura. Permite que cualquier organización, desde un ayuntamiento hasta un colectivo vecinal, organice procesos de participación. Su éxito radica en que no impone una lógica, sino en que se adapta a contextos muy distintos.

El Movimiento 5 Estrellas en Italia. Nació como plataforma digital con la promesa de una democracia interna radical a través de su plataforma *Rousseau*. Acabó convertido en un partido tradicional con un liderazgo fuertemente personalizado. Su evolución es una advertencia sobre que la tecnología no garantiza la horizontalidad. Sin reglas claras y sin cultura democrática, la plataforma se convierte en un instrumento del líder.

5. La pregunta clave.

¿Pueden estas iniciativas convertirse en instrumentos de participación política real? ¿O acabarán siendo absorbidas por el sistema, como les ocurrió a Podemos y al Movimiento 5 Estrellas?

La historia reciente sugiere que la institucionalización tiende a reproducir las jerarquías que se querían combatir. Podemos nació como un movimiento horizontal y asambleario, pero cuando se transformó en partido, la lógica de la red cedió ante la lógica de la organización. Los líderes emergieron, las jerarquías se consolidaron y la participación se canalizó a través de plataformas controladas por el aparato.

Pero también hay ejemplos que resisten. El presupuesto participativo sigue funcionando en muchas ciudades. Decidim se ha extendido sin convertirse en un partido. Las asambleas ciudadanas se han consolidado como un método reconocido. La ILP de regularización de migrantes logró un impacto real sin necesidad de convertirse en fuerza electoral.

La cuestión no es si las TIC son buenas o malas, la cuestión es si las nuevas formas de organización horizontales, distribuidas y abiertas pueden sobrevivir a la institucionalización. Y si no pueden, ¿qué queda?

6. La vida política después de las plataformas.

Quizás la respuesta sea que no todo ha de convertirse en partido. Tal vez la política del futuro no sea una sola organización, sino una red de espacios de participación que influyan en el sistema sin ser absorbidos por él. Las ILP, las asambleas ciudadanas, los presupuestos participativos y las plataformas digitales no sustituyen a los partidos, pero pueden complementarlos y presionarlos.

La digitalización no ha democratizado los partidos, pero ha abierto una puerta que no existía. La pregunta es si alguien será capaz de cruzarla sin volver a cerrarla. Y si no puede cruzarla, quizás la solución no pase por entrar en el sistema, sino por construir al margen de él espacios de participación que lo obliguen a cambiar.

La política desde abajo no es una utopía. Es una realidad incipiente, frágil e incompleta que demuestra que hay otra forma de hacer política, más horizontal, deliberativa y ciudadana. Su objetivo no es sustituir a los partidos, sino recordarles que la soberanía reside en el pueblo y que la tecnología, que ellos utilizan para controlar, puede utilizarse también para liberar.